

das personalidades. Sería, además, instrumento para difundir el pensamiento católico y proyectarlo sobre todas las esferas de la vida. Por eso añadió un subtítulo: Revista de Orientación Católica. Como afirmación de un pensamiento, la sigla SIC realiza el sentido rotundo y asertivo del adverbio latino: ASI. El diáfano pensamiento de la Iglesia y de los cristianos debe vaciarse en moldes transparentes y rotundos: así.

La calurosa acogida que amplios sectores culturales dispensaron a la Revista, exigió muy pronto un nivel de madurez y formación que rebasaba el propio de un seminarista. Pero la intención de Manuel Aguirre estaba patente: pretendía que el futuro sacerdote se entrenara desde temprano en las lides de la pluma, se acostumbrara a una reflexión creadora y se capacitara para usar de ese gran medio de comunicación que es la palabra escrita.

Fui testigo de la avidez con que los seminaristas leían las páginas de SIC, arrebatándose la casi de las manos apenas llegaba. Los editoriales de Manuel Aguirre han enfocado siempre los problemas más actuales y candentes de Venezuela y del mundo. Están escritos con nervio y concisión; con indignación apasionada, a veces. La Revista, verdadero complemento de la formación social de los seminaristas, ha sido una auténtica encarnación de la realidad venezolana. Con ella entraba cada mes en el Seminario Venezuela entera, palpitante de problemas y esperanzas. Era una bocanada de inquietudes que sacudía el alma generosa del futuro sacerdote.

Hombre de la Iglesia y hombre al servicio de su tiempo; hombre de Dios y hombre consagrado a sus hermanos, los hombres: he ahí dos ideales del programa formativo sacerdotal que se trazó y cumplió Manuel Aguirre. Ya sólo por este logro, bien hubiera podido afirmar Manuel Aguirre antes de sumirse en el sueño definitivo: "misión cumplida".

Pero preguntémosnos: en definitiva, ¿dónde radicó el secreto de su éxito como formador de futuros sacerdotes? La explicación es sencilla: Manuel era Hombre de la Iglesia y Hombre devorado por el celo de rescatar a sus hermanos, material y espiritualmente. Nada pudo igualar la fuerza avasalladora de su ejemplo viviente. Los seminaristas pudieron comprobar cada día su espíritu hondamente sacerdotal, su pobreza evangélica, su entrega a la causa de los marginados, a través de infinitos sacrificios.

La llama que fue Manuel Aguirre, siempre ardiente, se ha extinguido.

Y yo me pregunto: ¿cómo se las arreglará Manuel en el otro mundo, donde no hay miserias que remediar, ni obreros que promover, ni candidatos al sacerdocio a quienes transmitir su mensaje renovador?

Funeral en el primer mes del fallecimiento del R. P. Manuel Aguirre, S. J.

Palabras pronunciadas por el Dr. CARLOS ACEDO MENDOZA antes de comenzar la Misa del Funeral organizado por la Comisión Venezolana de Justicia y Paz.

Hermanos en Cristo:

La Comisión Venezolana de Justicia y Paz ha dispuesto que yo diga unas brevísimas palabras antes de comenzar esta Misa, para agradecer a ustedes el gesto bondadoso de su presencia y la participación que todos habremos de tener en el Santo Sacrificio en sufragio del alma del inolvidable Padre Manuel Aguirre.

Quiero destacar, en primer término, la significación que tiene esta participación creciente de los seculares, en actitud de colaboración pero activa y creciente, en los actos litúrgicos. Nosotros somos la Iglesia tanto como el sacerdote que oficia el sacramento, y nuestra oración se incorpora y se unifica para ganar valor ante los ojos de Dios.

Hoy rezamos por él, que tanto rezó por nosotros; hoy venimos a sacrificarnos por él en estos minutos de meditación y reflexión, para compensar, siquiera pálidamente, el sacrificio de su vida entera, que fue para nosotros; hoy venimos a rendirle un callado homenaje de recuerdo a aquel cuya vida entera fue un homenaje perpetuo a la gloria de Dios y al bien de Venezuela.

El Ciudadano Presidente de la República, al manifestar su pesar ante la imposibilidad de estar aquí presente porque las complejas labores de su cargo y los compromisos previamente adquiridos lo reclamaban en otras funciones, al referirse a "su querido amigo" el Padre Aguirre, usó la frase "gran apóstol de los humildes". En torno a esta perífrasis se puede elaborar una breve reflexión que explique por qué la debemos tanto y por qué estamos aquí reunidos para alabar su memoria, rezar por él y pedir su intercesión.

Era un vasco de sangre y de origen. Esto nos hace dar ya por supuestas una serie de condiciones del carácter: reciedumbre, tenacidad, perseverancia, franqueza. Era un sacerdote, y esto nos permite suponer que su vida, trazada en camino recto por el haz de luz de una vocación definida, estaba medida en términos de consagración total, ofrenda generosa y noble y orientación perenne hacia lo trascendente. Y era además un jesuita, lo cual indica que en su personalidad fundida en el crisol ignaciano había también cualidades específicas y presumibles: eficiencia, capacidad creadora y sentido de la organización.

Pero este hombre, recio por ser vasco, entregado en obras de Dios por sacerdote y vuelto un eficiente organizador por la formación ignaciana, era, además, de manera singular, personal y exclusiva, un GRAN APOSTOL DE LOS HUMILDES; un enamorado de los pobres a quienes Cristo amó con predilección; un decidido y a veces cáustico defensor de los desheredados, de los preteridos y de los inconformes.

Y era también —sin duda alguna por las mismas causas—, por vasco, por sacerdote, por jesuita y, sobre todo, por venezolano, y por Manuel Aguirre, un REBELDE. Un rebelde contra la injusticia, contra la pequeñez de los hombres, contra las desigualdades sociales. Vivió en rebeldía y algunas veces levantó polvareda detrás de sí porque en su camino por la vida marchaba de prisa; vivió casi siempre —como manda el Evangelio— convertido en santa piedra de escándalo; iba, como un Cid Campeador de las contiendas espirituales, viviendo su cruzada de redención de los pobres por todos los campos y todos los caminos de esta Venezuela nuestra que él hizo suya hasta la muerte.

Yo tengo la convicción de que cada vez que muere un hombre de éstos —uno de estos santos de pie— que viven en oración, pero no se quedan en contemplativos; que son enteramente bondadosos, pero no seráficos; que se dan, pero exigen con fuerza; que practican la mansedumbre, pero conservan intacta su energía, cada vez que muere uno de éstos —digo— hay una sonrisa de Dios que, de alguna forma misteriosa, se traduce en bien para la humanidad.

Por Manuel Aguirre, por quien venimos a pedir casi formalmente porque estamos seguros de que no lo necesita, pero a quien venimos a pedir más bien porque lo seguimos necesitando a él, van hoy, en el Santo Sacrificio de la Misa, nuestras oraciones y nuestra Comunión.

CARLOS ACEDO MENDOZA, economista, Secretario Ejecutivo de la Comisión Venezolana de Justicia y Paz y Director de la Oficina de Estudios Socio-Económicos (OESE).